

ORACIÓN

Señor Jesús: Suscita en nuestros corazones una profunda sed del agua viva que eres Tú: calma y sacia nuestra sed. Haz que nos desengañemos de toda otra agua que no sacia el corazón humano. Despierta en cada uno de nosotros lo mejor que anida en lo más hondo de nosotros, como en la samaritana. Y concédenos adorarte a Ti y a tu Padre “en espíritu y en verdad” en todas las cosas.

TEXTO

LUCAS 19,28-48

«²⁸Y, tras decir estas cosas, continuó adelante **subiendo** a Jerusalén.

²⁹Y sucedió que, cuando se acercó a Betfagé y Betania, junto al monte llamado de los Olivos, envió a **dos de sus discípulos** ³⁰diciendo: “Id a la aldea de enfrente, en la que, una vez entrados, encontraréis *un pollino* atado, sobre el que nadie jamás montó; y, tras haberlo desatado, traedlo. ³¹Y si alguno os pregunta: ‘¿Por qué lo soltáis?’, decidle: ‘El **Señor** tiene necesidad de él’”.

³²Pero, habiendo marchado, los enviados encontraron tal como les dijo. ³³Pero, al desatar *el pollino*, les dijeron sus dueños: “¿Por qué desatáis *el pollino*?”.

³⁴Pero ellos dijeron: “El **Señor** tiene necesidad de él”.

³⁵Y lo llevaron a **Jesús**, y, tras poner sus vestimentas sobre *el pollino* hicieron montar a **Jesús**.

³⁶Pero, durante su marcha, extendían sus vestimentas *en el camino*.

³⁷Pero, al acercarse él ya al pie del monte de los Olivos, comenzó **toda la multitud de sus discípulos**, llena de alegría, a alabar a Dios con grandes voces por todos los prodigios que habían visto, ³⁸diciendo: “¡Bendito el que viene, el rey en nombre del Señor! Paz en el cielo y gloria en las alturas”.

³⁹Y **algunos de los fariseos** de entre la muchedumbre le dijeron: “**Maestro**, abronca a **tus discípulos**”.

⁴⁰Y, respondiendo, dijo: “Os digo que si estos callaran, gritarían las piedras”.

⁴¹Y, cuando se acercó, viendo la ciudad **lloró** sobre ella, ⁴²diciendo: “¡Si hubieras reconocido incluso tú en este día lo [que procura] la paz!... Pero ahora se ha escondido a tus ojos. ⁴³Porque vendrán días sobre ti en que tus enemigos te cercarán con una empalizada, y te rodearán y te apretarán por todas partes; ⁴⁴y te derribarán por tierra, a ti y a tus hijos en medio de ti; y no dejarán en ti piedra sobre piedra, porque no reconociste el tiempo de tu visita”.

⁴⁵Y, habiendo entrado *en el Templo*, comenzó a expulsar a los mercaderes, ⁴⁶diciéndoles: “Está escrito: ‘Y mi casa será una casa de oración, pero vosotros habéis hecho de ella una cueva de bandidos’”.

⁴⁷Y estaba enseñando cada día *en el Templo*.

Pero **los sumos sacerdotes y los escribas** el pueblo buscaban matarle, también los principales del pueblo, ⁴⁸y no encontraban modo, porque **el pueblo entero** estaba pendiente de sus labios, escuchando».

COMENTARIO

PRIMERA UNIDAD (19,28-40)

- V. 28: Jesús llega desde Jericó (18,35 y 19,1) y, marchando en cabeza («por delante»), se dirige hacia Jerusalén. El v. 28 representa uno de esos sumarios (cf. 9,51; 13,22; 17,11) que sostienen el relato de viaje. Las palabras que Jesús acaba de pronunciar («estas cosas») se refieren a la parábola de las minas con su añadidura, el viaje del príncipe que parte en busca de su corona real (19,12-14).

- Vv. 29-34: El «y sucedió» sirve de marcador de un nuevo episodio. En este instante Jesús se acerca a dos pueblos. La localización de Betfagé («casa de los higos silvestres») sigue siendo incierta. Betania («casa de Ananías») era un pueblo situado a 2,7 kilómetros al este de Jerusalén en la falda oriental del Monte de los Olivos.

La orden de Jesús a los dos discípulos escogidos parece a la vez fácil e imposible de realizar. Esta paradoja hace evidente la presciencia milagrosa del hombre divino, confirmada por las palabras precautorias «Decidle: El Señor tiene necesidad de él». En la Antigüedad, la incautación de víveres o monturas era practicada sobre todo por las autoridades militares y políticas. Lucas concibe a Jesús como un «rey» (v. 38) que, utilizando sus títulos, aquí «Dueño» o «Señor» (vv. 31.34), se incauta de la montura que necesita. Como Jesús es un pobre galileo, el contraste es sorprendente.

Polos sin calificativo alguno designa normalmente al «potro»; pero también la «cría» de diversos animales, por ejemplo un «pollino». Si se admite que en el trasfondo del episodio hay una referencia a la profecía de Zacarías, solo puede tratarse de la cría de una burra. Así lo comprendió Mateo (Mt 21,4), y podemos admitirlo también para Marcos y Lucas. ¿Por qué esa necesidad de que nadie hubiera montado antes el pollino? Para respetar la referencia a Zac 9,9, donde se dice que el pollino era «nuevo»; y sin duda para subrayar el privilegio del mesías. Que el pollino estuviera «atado» es no solo lógico, sino también bíblico. El famoso oráculo de Judá (Gn 49,11) señala que el héroe «ata» su asno a la viña.

Lucas opone el Señor a los propietarios del pollino: el *Señor* (vv. 31.34) a los *señores* (traducido por *dueños*, v. 33). Este plural permanece enigmático.

- Vv. 35-36: El doble gesto de las vestiduras es ostensible y expresa, por una parte, la preocupación de ofrecer el equivalente de una silla señorial y, por otra, la voluntad de acoger al visitante como un príncipe o dignatario. Los discípulos se ven obligados a hacer «como si». Jesús había viajado a pie hasta allí; al hacerlo cabalgar sobre un pollino, se le atribuye un papel particular; para Lucas, una función real. El Jesús lucano no rehúsa el honor.

- Vv. 37-38: Como para marcar el principio de una nueva etapa, decisiva, Lucas desea repetir la localización: «al pie del Monte de los Olivos». Luego menciona la alabanza de Dios a causa de las grandes obras que los discípulos y la muchedumbre han contemplado, y la bendición del ungido, Cristo, el que viene (término mesiánico) en nombre del Señor (es decir, de Dios).

La interacción de la teología y de la cristología merece atención: *Dios* recibe alabanza, porque es el origen de la intervención de *Jesús*. Él es quien ha permitido que los actos y las palabras de su Hijo sean eficaces. Se le alaba, pues, por las «obras de poder». La salvación para Lucas no es solo la escucha de la Palabra, sino también la visión de las grandes obras de Dios («habían visto»). No cabe duda que lo esencial de la actividad del Padre pasa en este día por el Hijo.

Lucas cita en el v. 38, sin decirlo expresamente, el salmo 117[118],26, y otorga a este versículo un alcance mesiánico («el que viene» no es un simple peregrino). No vacila el evangelista en

conceder a Jesús el título de «rey», «emperador», porque en su pensamiento la realeza de Jesús no es de este mundo (lo que no significa que no tenga efectos sociales y políticos aquí abajo).

Al principio de su ministerio, Jesús venía para traer la paz sobre la tierra (2,14) gracias a los bienes que iba a otorgar por medio de sus palabras y hechos. Al final de su vida pública, a través de su pasión y su resurrección, Jesús establecerá la paz cósmica «en el cielo». Por ello es glorificado Jesús y también el Padre es glorificado en él; Lucas no está tampoco lejos de Juan en este punto.

.- Vv. 39-40: A diferencia de lo que ocurre en Marcos y Mateo, la muchedumbre no desempeña un gran papel. Son los fariseos los que intervienen: se enfrentan con los discípulos, a lo que Lucas nos tiene ya acostumbrados (cf. 5,30; 6,2, etc.). Los fariseos conminan a Jesús para que reprenda a sus discípulos. Jesús actúa solemnemente («os digo») y estima que la situación es excepcional. Si los discípulos tienen que callarse, gritarán las piedras. A pesar de considerarlas un símbolo de muerte y de silencio, Lucas había hecho decir a Juan Bautista que Dios todopoderoso podía hacer de las piedras hijos de Abrahán (3,8). El evangelista pone aquí en labios de Jesús una afirmación semejante. El profeta Habacuc menciona piedras y vigas que pueden hablar en caso de crisis o situación grave. Si el pecador (opresor, saqueador, ladrón) persevera en sus vicios, la desgracia se volverá contra él. «Sí, la piedra del muro gritará y la viga de la estructura le responderá» (Hab 2,11). Parece que la casa no acepta ponerse al servicio de las intenciones culpables del malvado. La piedra y la viga se rebelan diciendo la verdad y dando testimonio del juicio de Dios. Aunque no sea seguro que el versículo de Lucas se refiera al de Habacuc, las piedras proclamarán aquí también la verdad. Manifestarán la legitimidad del Hijo y la sabiduría de los designios del Padre, más que anunciar la destrucción de Jerusalén o denunciar su injusticia.

SEGUNDA UNIDAD (19,41-48)

.- Vv. 41-42: El verbo «acercarse» juega un papel importante a partir de la llegada de Jesús desde Jericó (vv. 28-29). Aquí, como en otros lugares, Lucas concede un valor particular a la mirada. Al ver la ciudad, Jesús llora. El verbo señala aquí un lamento verdadero. En otras circunstancias Jesús habría actuado, protegido o curado. Aquí no recurre a ninguna *dynamis* divina. Su misión no es ya intervenir, sino constatar el fracaso y comunicar el juicio de Dios. Aquí, más que en ningún otro lugar de su Evangelio, el Jesús de Lucas se sitúa en la línea de los profetas de Israel. Ya que este pueblo no quiso reconocer el proyecto de Dios respecto a él, sus enemigos van a actuar con un rigor inexorable. El Maestro debe decirlo, pero no lo hace sin un profundo pesar.

La primera frase de Jesús queda inconclusa. La frase, cargada de emoción, expresa un pesar impotente: ¡Ojalá la ciudad hubiera sabido reconocer...! No se trata del saber intelectual caro a los griegos, sino de un conocimiento existencial, más del gusto de los hebreos. «En este día»: la presencia de Dios está ligada a un proyecto de vida inscrito en el tiempo de la historia de la salvación, y de la perdición. La expresión «incluso tú» subraya la responsabilidad del sujeto que conoce.

La expresión «lo que procura o proporciona la paz» es vaga. Dios ha ofrecido a Jerusalén ocasiones diversas para conseguir la paz. Esta no es solo el silencio de las armas, sino ante todo la armoniosa relación con Dios: la «paz en el cielo» que acaba de mencionarse (v. 38), que trae el Mesías de Israel, cuyo nacimiento cantaron los ángeles de Navidad con palabras de paz (2,14). Esta paz, establecida por Cristo, es real; no se confunde con la esperanza mesiánica judía, ni con el poder imperial romano; y no queda confinada al cielo. Después de la ascensión, los discípulos de Cristo la proclamarán sobre toda la tierra e intentarán vivirla y hacerla vivir.

Por el momento («ahora»), estos esfuerzos de paz son ignorados. Dios se manifiesta y se esconde; rehúsa la evidencia apremiante. Se dio a ver en la persona y las acciones de Jesús. La libertad humana tiene derecho a hacer la vista gorda, por desgracia. La revelación, desde entonces, queda oscurecida. No obstante, vendrá el día en que todo lo que está escondido será revelado (12,2). Antes de ese plazo largo, sin embargo, hay un plazo corto, los días de desgracia que amenazan (vv. 43-44).

.- Vv. 43-44: La expresión «vendrán días» es corriente en las literaturas profética y apocalíptica. Sigue una descripción del asedio de Jerusalén. Sus enemigos la cercan por sorpresa con una «empalizada». Este artilugio permite «formar un círculo en torno a ella» y «ceñirla», o «apretarla» por todas partes. La descripción parece inspirada en Is 29,3 LXX. Lucas, que conoce sin duda los detalles del asedio de Jerusalén por Tito en el 70, prefiere el lenguaje bíblico al reportaje histórico.

Si el v. 43 describe el asedio de la ciudad, el 44 cuenta la caída de Jerusalén con los dos componentes acostumbrados: el destino de los habitantes y la suerte de los edificios. Uno y otro son de una crueldad inexorable. Los habitantes serán aplastados y la ciudad, arrasada. En el capítulo 21 Lucas presentará otra profecía sobre la caída de Jerusalén.

Para Lucas, el *kairós*, el «tiempo», es eminentemente positivo: es la ocasión preciosa ofrecida por Dios. Lo mismo ocurre con la «visita»: es la llegada y la presencia benévola del enviado de Dios. Los lectores atentos deberán recordar la atención agradecida y nostálgica que el evangelista presta a estos términos: el tema de la visita ha aparecido en su obra desde los relatos de la infancia; y el tiempo favorable, desde los inicios del ministerio en Galilea.

.- Vv. 45-46: La inmensa mayoría de los historiadores del cristianismo primitivo aceptan la autenticidad de algún gesto de Jesús contra el Templo y los responsables de su actividad. La violencia contra los mercaderes no cuestiona la función religiosa del santuario. Tal como explicita el cuarto evangelio, debía de tratarse de un acto profético, de un gesto de celo por parte del Señor. De modo excepcional, el gesto de Jesús es más significativo que sus palabras. Antes de actuar, el Maestro se acordó de Zac 14,21: «En aquel día no habrá más vendedor en la casa del Señor Todopoderoso». La sentencia de Jesús hace referencia a la Escritura. Se trata de una de esas citas mixtas que conjuga unas palabras de Is 56,7 con una expresión de Jr 7,11. El ataque se dirigía sobre todo contra los que pervertían la función del santuario en su provecho y no contra el Templo en sí. El producto del impuesto sobre el Templo (Ex 30,13-16) se depositaba allí. Esta tasa debía ser pagada utilizando el siclo del santuario; esto significaba en la época pagar con siclos de Tiro, declarados sagrados. Como no todos tenían esa moneda, se había impuesto un sistema de cambio que prestaba grandes servicios. El cambio era evidentemente ventajoso para los cambistas quienes, gracias a este beneficio, se protegían de eventuales pérdidas y se ganaban así la vida. Había también mercados en el Monte de los Olivos, en particular para la compra de los animales destinados a los sacrificios.

En el año 30 (fecha probable en la que Jesús realiza este gesto y sufre su pasión), el Sanedrín, en disputa con el sumo sacerdote, perdió el derecho a reunirse en el recinto del Templo y fue acogido en el Monte de los Olivos por los dueños de los mercados, la familia de los *Bené Hanán*. Sea como represalia, o bien para simplificar las gestiones de los peregrinos, Caifás, entonces sumo sacerdote, autorizó la apertura de un mercado en uno de los patios del Templo (probablemente, el de los gentiles). El comercio de animales en el recinto sagrado era, pues, reciente cuando Jesús se opuso a él. Nada indica, no obstante, que Jesús tomara partido por el Sanedrín contra el sumo sacerdote. Jesús, como buen provinciano, se sintió escandalizado por los usos de la capital. Como profeta, quiso dar «a Dios lo que pertenecía a Dios» (20, 25).

Los primeros cristianos continuaron ligados al Templo pero sin la práctica de los sacrificios sangrientos. Lo frecuentaban como lugar de oración y de práctica misionera. Lucas defiende

esta imagen y la retroproyecta a la vida de Jesús (de 19,45 a 21,38 el Maestro concentra su actividad en el Templo). Describe a los discípulos de Jesús como asiduos del Templo después de la ascensión (24,52). En el Templo es donde Pedro y otros apóstoles rezan y predicán a Jesús resucitado (Hch 3,1). El ala denominada «helenista» del cristianismo primitivo franqueó un umbral decisivo. Espiritualizó el concepto de Templo y criticó el edificio sagrado de Jerusalén (cf. Hch 6,13; 7,47-50). Esteban y sus amigos fueron perseguidos debido a su hostilidad hacia un Templo hecho por mano de hombres. Al redactar su evangelio, Marcos interpretó la purificación del Templo como una profecía que predecía su desaparición.

Lucas admite para su tiempo la caducidad de un culto centralizado en Jerusalén, pero mantiene la legitimidad del Santuario de la ciudad santa para el tiempo de Jesús y de los primeros cristianos.

Los «bandidos» de la cita de Jeremías representaban en principio a los mercaderes que disfrutaban de unos privilegios desmesurados. Pero para los que habían seguido la trama de la rebelión judía, hablar de «bandidos» era también un modo irreverente de calificar a los celotas, los partidarios de la violencia contra el ocupante, quienes en los últimos meses del asedio a la capital habían hecho del Templo su refugio.

.- Vv. 47-48: Para Lucas, el gesto de Jesús se refería principalmente a los responsables del Templo («pero vosotros», v. 46). Se puede comprender que tal actitud y tal discurso de Jesús habrían contrariado sumamente al personal del Templo. Que la policía del lugar, un cuerpo de levitas fortachones, no hubiera intervenido, que la cohorte romana, acuartelada en la fortaleza Antonia a dos pasos del Templo, no hubiera fruncido el entrecejo, muestra de cualquier modo que el incidente revistió proporciones modestas (los profetas escogían siempre lo pequeño para significar lo grande). Esto no impide que el escándalo conmoviera las conciencias. Aunque solo había un sumo sacerdote a la vez, el plural *sumos sacerdotes* designa al grupo de sacerdotes profesionales instalados de manera estable en Jerusalén; eran los sacerdotes que ocupaban los puestos de responsabilidad en la organización del Templo. Estos hombres asociados a los escribas querían quitar la vida a Jesús. ¿Qué significa la expresión añadida «los principales del pueblo»? Puede designar el tercer grupo del Sanedrín, los «ancianos», que Lucas designará con este vocablo en el primer versículo del capítulo siguiente (20,1). Si se otorga al «y» un valor explicativo, la expresión puede indicar también a los lectores poco familiarizados con las realidades judías cuál sería el sentido de los términos «sumos sacerdotes» y «escribas»: se trataría de designar con estos términos quiénes eran entonces «los principales del pueblo».

Por muy poderosos que fueran, esos hombres no se atreven a atacar de frente a Jesús. La *vox populi* en Roma, Atenas o Jerusalén tenía su peso. Y si el pueblo entero, como dice Lucas, estaba pendiente de las palabras de Jesús, valía más esperar y no solicitar la intervención de las autoridades romanas poco deseosas de escandalizar el sentimiento popular unánime. Tal es la visión que nos ofrece Lucas de los hechos. El evangelista se atiene a las líneas generales de la descripción de Marcos. Mateo no hace otra cosa. Basándose en otras tradiciones, solo Juan coloca el episodio al principio de la vida pública del Maestro (Jn 2,14-17), donde describe a un Jesús más enérgico, armado de un látigo, y evoca el recuerdo de su celo por Dios, que los discípulos guardaron de esta aventura.